



## CIELO Y AGUA

Tengo el sentimiento del mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi substancia espiritual se reconociese en su centro.

Siempre me ha parecido propia de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incompreensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda. Aquí es el reino de la apariencia pasajera y cambiante; de la indefinida sucesión de líneas y de tonos; donde todo relieve y toda figura, apenas dibujados, se dan en sacrificio al movimiento innovador. La inquieta superficie bosqueja, hace miriadas de años, una forma que no llega a precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y otras cien veces la deshace. Diríase también la manera como, en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.

Como maravilloso simulacro de las nubes, se levanta en el horizonte la bahía de Rio Janeiro. No hay mejor espectáculo para quien llega iniciado por el mar en la visión de lo grande y majestuoso. Si cabe fijar en una parte el pórtico de un mundo, éste es el pórtico de América. Esas sublimes líneas de montaña, esas lujuriantes guirnaldas de bosque, esas inmensas y armoniosas curvas de playa, sugieren la idea arquitectónica de un mundo que se abre, de un continente que compendia su infinitud y su carácter en un aspecto capaz de ser abarcado con los ojos. Por este arco triunfal debió penetrar a la Atlántida soñada, para consagraria en la historia, el genio latino. Aquí, aquí y no en otra parte debieron tocar las carabelas de la sublime aventura, y plantar el pendón primero y la primera cruz.

Vuelvo a mi mar y mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia. Dulce es entonces asociar a cada ola un pensamiento, una memoria, una ficción, y decirse: ésta, pujante y clamorosa, es la fe que me sostiene, la aspiración que me lleva adelante; aquíllas que blanquean allá lejos son los recuerdos de los que me quieren; ésta otra, pequeña y exánime, que prueba a ser y no es, y se disipa en un leve brinco de espuma, es la promesa que dejé incumplida, el sueño mío que murió de niño, el anhelo que no he de realizar jamás...

He aquí la rada de Bahía, anchurosa y bella. La ciudad, sin el soberbio marco de montañas de Santos y de Rio, pero pintorescamente escalonada sobre un

pie de ondas azules, evoca en mí la imagen de un Montevideo de los trópicos. Confirno frente a sus paisajes una impresión del panorama fluminense: de todo cuanto este maravilloso sol delinea y colorea, son las palmeras gigantescas, ondeantes, el rasgo que cautiva mis ojos y queda indeleble en mi fantasía. ¿Será sólo por la belleza esbelta y sobria de esa admirable columna natural? Es también, sin duda, porque a diferencia de otras formas hermosas, pero faltas de sentido histórico, de este mundo virgen, aquel árbol enciende en la imaginación su nimbo de embelesante idealidad, su inmemorial prestigio de historia y de leyenda. No hay plenitud de poesía sino allí donde se une a la obra de la naturaleza la vibración, el dejo del sentimiento humano.

Mar y cielo otra vez. La sugestión de la onda ajusta mi soliloquio al tono lírico. Concluyo por ver el mar con los ojos de un griego de la Odissea; con el candor de la imaginación heroica, que le dió un alma y la encarnó en mil formas divinas. ¡Salve, titán cerúleo! — dice mi palabra interior, — viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del nauta y el héroe de mi anhelo era el Sumbad de las «Mil y una Noches». Tú solo eres libre, tú solo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en ti dure. No hay inmundicia que sea capaz de macularle, porque todas las desventajas en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza. En tus antros ignotos valas los mundos de la leyenda y de la fábula; monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación. Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desahogoso implacable. La fuerza y la gracia están contigo; tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceanidas, que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre. A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se eumbelee. ¡Salve a ti, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!

Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta de sol, ya los albastrós, los mármoles, los ónixes, que la estela del barco compone con la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio parece exhalar de la soledad infinita. Veo unas claras pupilas de niño fijarse con dulce estupor, en una estrella que aparece. Rumor de voces, apagados ecos de música, remedan la palpación lejana del mundo. Una mano arroja al viento del mar un montón de papeles rotos, que la ráfaga dispersa en sus vuelos y, a manera de blancos alceones, se pierden en la inmensidad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

A bordo del «Amazón», agosto de 1916.

Dib. de Alonso.